

Barker, G. y Kitcher, P. (2024). *Filosofía de la ciencia: Una nueva introducción*. Guillermo Escolar Editor.

Heriberto Ramírez Luján
Universidad Autónoma de Chihuahua, México



Recibido: 10/09/2025

Revisado: 15/09/2025

Aceptado: 07/10/2025

Cómo citar: Ramírez Luján, H. (2024). Reseña: Filosofía de la ciencia: Una nueva introducción. *Revista Estudios de la Información*, 3(2), 96-100. <https://doi.org/10.54167/rei.v3i2.2115>

La filosofía de la ciencia marcó buena parte de la agenda filosófica de las últimas décadas del siglo pasado. Las discusiones fueron más que abundantes en publicaciones diversas y congresos de todos los niveles. Le dio a la filosofía una aureola de científicidad y posicionó a la filosofía de la ciencia como la rama más progresista del tronco madre de la filosofía. Esto, como suele ocurrir conoció un declive hasta el punto de parecer que se encontraba de “capa caída”.

A vuelta de siglo en 2013 y en esos momentos un tanto adversos aparece este libro con el sello editorial de la Oxford University Press, ofreciendo un aliento refrescante. En 2024 por fin aparece traducido al español por Buenaventura Marco Moreno, publicado por Guillermo Escolar Editor. Es un libro con diferencias claras en relación a los textos acostumbrados, culpables de cierto modo, del desdén de quienes mostraban algún interés iniciático por la filosofía. ¿Qué lo que lo hace diferente? En principio, sus seis capítulos que se leen con amenidad, sin rebuscamientos o terminología especializada, lo cual lo hace un libro accesible a un público amplio, diverso e interesado en los temas relacionados con la ciencia y la filosofía en el mundo contemporáneo. A lo largo de los cuales van desgarrando sus inquietantes preguntas en relación a lo que parece ser su eje central de lo que pueda ser considerado como “buena ciencia”. Interrogantes que van desde cuáles son las formas inferenciales de las prácticas científicas a cómo deberíamos elaborar políticas públicas, o a quién debe tenerse en cuenta a la hora de sopesar las necesidades enfrentadas. Esto ya perfila un texto original en relación a los títulos en su tipo.



Fiel al estilo filosófico desde las primeras páginas van desgarrando algunas preguntas desafiantes, preguntas pertenecientes, más que a la ciencia, al ámbito de la filosofía. ¿En qué consiste la evidencia y cómo se obtiene? ¿Cómo debe actuar la ciudadanía que sus evidencias son parciales? ¿Viene dado el mundo con divisiones naturales y, en caso afirmativo, cómo pueden des--

cubrirse? ¿Es correcto pensar que las ciencias ofrecen una visión en profundidad de la naturaleza, incluso cuando las cosas que discuten difieren notablemente con nuestras ideas previas sobre la realidad? ¿Quién tiene autoridad para emitir conclusiones científicas y por qué? Preguntas que nunca o escasamente solían plantearse como parte las problemáticas filosóficas de la ciencia.

Los capítulos que siguen después del capítulo introductorio tienen un tono revisionista del proyecto analítico. O la concepción heredada. Muy diferente del que se ha realizado en otros textos, por ejemplo, *La Estructura de las teorías científicas* de Patrick Suppe, o *El desarrollo moderno de la ciencia (1890-2000)* de Ulises Moulines. Excelentes textos, por cierto, pero que en el presente caso adopta más un lenguaje divulgativo. En lugar de una crítica demoledora hacia lo que fue este proyecto se aprecia un cierto aire de redención, “no por haber alcanzado el objetivo que se proponía, sino más bien porque sus intentos de alcanzar ese objetivo proporcionaron herramientas para tipos de trabajo filosófico más gradual y fragmentario” (p. 70).

La moraleja que extraen de este desenlace es que los estudios filosóficos de la ciencia deberían ser completamente naturalistas. Ajustados a los métodos propios de la buena investigación en general. Dado que los filósofos no tienen ningún poder especial que puedan ejercer desde su comodidad.

En su lugar la tarea de la filosofía consiste en observar detenidamente algún dominio (por ejemplo, la ciencia), formar y comprobar hipótesis, y trabajar en la mejora gradual de la práctica existente en ese dominio. Visto de ese modo, el alejamiento del proyecto analítico de las generalizaciones hacia un compromiso más modesto con las diversas ciencias es un sano progreso (p. 14).

Hay otras tesis sugerentes que marcan de inicio la avanzada de su propuesta, por ejemplo, de entrada, declaran no compartir la idea tradicional de que la ciencia sea, o deba ser, un espacio completamente ajeno a los valores. Por el contrario, creen que los debates filosóficos sobre la ciencia deben tener siempre en cuenta cómo influye el conocimiento científico en la vida de las personas, especialmente cuando se trata de decisiones y políticas públicas importantes. Pues –sentencian– con frecuencia, la filosofía de la ciencia ha pasado por alto la manera en que la ciencia se integra en la sociedad; y consideran ese vínculo como esencial.

El feminismo en la filosofía de la ciencia, olvidado por largo tiempo, es una asignatura que cada vez ha cobrado mayor relevancia, en este caso se le dedica un espacio para denunciar la infrarrepresentación de las mujeres en la investigación científica, y que las investigaciones pueden estar sesgadas hacia un estilo de pensamiento marcadamente masculino.

Un estilo afincado en el análisis, la abstracción y la apelación a leyes generales cuantitativas como principales medios de comprensión. En cambio, reflexionan, un estilo de pensamiento alternativo femenino, –empatizan–, emplearía las herramientas del pensamiento cualitativo, la metáfora y la narrativa; reconocería la importancia de la complejidad y el contexto; y buscaría un tipo de comprensión personal, en particular en el estudio de los seres humanos y otros organismos, en lugar del simple control (p. 156).

Su intención es que el científico descubra los sesgos latentes y los afronte. Abogando por la inclusión de personas de orígenes diversos en los programas de investigación, pensando que no solo

de trata de un asunto de justicia social, sino que también sería una política que favorecería una mejor ciencia.

Es un texto dedicado a explorar cómo las cuestiones filosóficas se conectan con los intensos debates actuales, como el cambio climático, la ciencia y la religión, el feminismo, la raza, los derechos de propiedad intelectual y las prioridades de la investigación médica, la autonomía de las ciencias y la política de la ciencia mostrando cómo estas preguntas, y los intentos de quienes se dedican profesionalmente a la filosofía por responderlas, son cada vez más relevantes en el mundo real. En su mayoría son cuestiones antes impensables en los libros de texto tradicionales.

Hay otras ideas presentes en el libro interesantes por destacar, por ejemplo, su énfasis en relación a cuánto nos hemos centrado en el análisis del contenido de la ciencia, descuidando en gran medida los contextos en los que se realiza el trabajo científico. Porque, en coincidencia, aseveran que las ciencias tienen su propia historia por contar, historias que conviven con el desarrollo de las sociedades en que se insertan los investigadores, buscando dejar en claro que la ciencia en su forma actual está profundamente imbricada en una compleja red de relaciones sociales y políticas. Enfatizando que en ciertos momentos los filósofos han desarrollado sus investigaciones de espaldas a la sociedad y la historia. Reivindicando la obra de Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, en la cual se impugnó esta actitud filosófica.

Otro de los conceptos centrales en las líneas de trabajo emprendidas antes en solitario por Kitcher es el de ciencia “bien ordenada” –en *Science, truth and Democracy* (2001) y *Science in a Democratic Society* (2011)– en vinculación con los valores democráticos. Con un punto de vista que reviste cierta originalidad. Aquí, se piensa que:

Existe una diferencia sustancial entre orientar líneas de investigación y dictarles las conclusiones a las que deben llegar. El mandato de los gobiernos democráticos es representar las preferencias del conjunto de la ciudadanía y garantizar el bien común. Evidentemente estos están legitimados para tomar al menos ciertas decisiones sobre la dirección a seguir por la ciencia financiada con fondos públicos, si bien estarán obligados a realizar tales juicios a la luz de la mejor información de que puedan disponer, que a menudo procederá de los propios científicos. Sin embargo, ni siquiera estar avalados por la legitimidad democrática podrá permitir a los gobiernos dictar a los científicos a qué conclusiones llegar. Una vez determinadas las preguntas que el público desea y necesita que sean respondidas por la ciencia, los gobiernos están obligados a permitir que los científicos respondan efectivamente a dichas preguntas (p. 208).

Así, para alcanzar una ciencia verdaderamente bien ordenada, es necesario cumplir ciertas condiciones basadas en un proceso de deliberación ideal. Esto implica que tanto las líneas de investigación elegidas, los métodos utilizados, los criterios para aceptar nuevos descubrimientos y las aplicaciones del conocimiento científico deben ajustarse a lo que aprobaría una deliberación racional y democrática. En este sentido, el ideal de una ciencia bien ordenada integra valores democráticos en la práctica científica, buscando orientar la investigación con responsabilidad sin caer en la imposición de la ignorancia. Es un modelo que bien vale la pena intentar llevar a la realidad.

Un camino plausible propuesto para alcanzar ese ideal, es una comunicación bidireccional efectiva con el gran público con el fin de que en el seno de las ciencias se adopten criterios adecuados y para que los dictámenes científicos gocen de buena acogida. Significa que hemos de ocuparnos en trazar un canal de comunicación en el que participen personas que puedan apreciar con claridad los tipos de juicio emitidos por los científicos y las razones que los sustentan, y a las que se les pide que expresen su propias preguntas y preocupaciones para que los científicos puedan escucharlas, entenderlas y responder a ellas.

La edición de este libro en español aparece en un momento en que la ciencia vive un proceso de erosión política por élites de poder reconocidas por su ignorancia y falta de cultura científica. En oposición a ellos podemos utilizar la palabra de los autores para decir que las ciencias siguen necesitando dar sentido al mundo, explorar nuevas fronteras del entendimiento, y en la medida de lo posible conjuntar explicaciones más precisas y detalladas de las complejidades del mundo natural. El cómo incrustar la investigación científica en las llamadas sociedades democráticas y la integración el conocimiento de los expertos junto a las ideas sobre las libertades democráticas es una pregunta. Que, a su decir, sigue abierta.

El libro es ante todo una invitación a seguir pensando sobre las múltiples preguntas que nos han planteado, “a pensar filosóficamente sobre las prácticas de las ciencias y otras instituciones sociales, planteando preguntas a las que la tradición filosófica aún no se ha enfrentado” (p. 229). La edición se enriquece con sugerencias de lecturas adicionales al final de cada capítulo, que funciona como un sustituto de las consabidas bibliografías en cada apartado.

Bakery se formó en la Universidad de Toronto y en la Universidad de California en San Diego, ha sido catedrática en la Universidad de Indiana y en el Instituto Rotman de Filosofía de la Universidad Western en Ontario. Sus investigaciones más recientes se han centrado en los sistemas adaptativos complejos en diferentes niveles de organización y en cómo la ciencia puede abordar mejor sus características distintivas. Ha investigado sobre estas cuestiones en el ámbito de la inmunología humana, la resiliencia ecológica y psicológica, la dinámica evolutiva y lo que la naturaleza humana evolucionada puede enseñarnos sobre las perspectivas de cambio social. Ha publicado *Beyond Biofatalism: Human Nature for an Evolving World* (2015) y es coautora de *Entangled Life (History, Philosophy and Theory of the Life Sciences)* (2013).

Kitcher, es uno de los filósofos de la ciencia más influyentes de las últimas décadas. Reconocido por sus aportaciones al campo de la bioética y la sociobiología, sus trabajos enlazan las preguntas que suscita la filosofía de la biología con los problemas propios de la teoría del conocimiento y la ética. Ha sido profesor titular en la Universidad de California en Berkeley, la Universidad de San Diego y la Universidad de Minnesota, desde 1998 es catedrático de la Universidad de Columbia y en 2013 fue nombrado Doctor Honoris Causa por la Universidad Erasmus de Róterdam. En 2025 recibió el Premio Fronteras del Conocimiento en Humanidades, en España, otorgado por la Fundación BBVA. En reconocimiento por su enfoque humanista hacia la ciencia, abogando por que el conocimiento científico y filosófico debe beneficiar a la humanidad y promover una sociedad democrática.

Entre sus libros destacan: *Life After Faith: The Case for Secular Humanism* (2014); *Philosophy of Science: A New Introduction* (2013); *Preludes to Pragmatism: Toward a Reconstruction of*

Philosophy (2012); *The Ethical* (2011); *Science in a Democratic Society* (2011); *In Mendel's Mirror: Philosophical Reflections on Biology* (2003) y *Science, Truth, and Democracy*, Oxford University Press (2001). La UNAM ha traducido y publicado *El avance de la ciencia: Ciencia sin leyenda, objetividad sin ilusiones* (1993) y *Las vidas por Venir* (2002).

La aparición de esta traducción no es un accidente editorial, obedece, en gran medida a que en su comité editorial figuran nombres importantes: José Luis Villacañas, Antonio Diéguez, Fernando Broncano, José María Fuste y Guillermo Escolar Martín. Diríamos que eso lo explica todo.